

¿Recuerdas cómo era entonces?

Escrito por “*El pájaro que da cuerda al mundo*”

—¿Recuerdas cómo era entonces?

—¡Claro que me acuerdo! —dijo el anciano mientras se colocaba la corbata alrededor del cuello, calculando meticulosamente la longitud que debía dejar para cada pala— ¡Sobre todo recuerdo el miedo!

—Anda que... ¡Siempre fuiste un quejica!

—¡*Pa* ti es fácil decirlo! Saliste de una clase *pa* meterte en otra. Pero imagínate yo... —dijo acercándose tambaleante al espejo—. Cinco años que no veía una pizarra; ayudando a mi padre a recoger naranjas.

Con manos trémulas, comenzó a atarse la corbata. De repente, se detuvo y alzó la vista hacia el anciano del espejo.

Toda su vida se le apareció en aquel reflejo. En sus ojos verdes vio a su padre, el naranjero que una vez por semana se quitaba el cinturón para enseñar a su hijo a ser un hombre. En sus labios, a su madre, la tendera cuyas azotainas nunca desvirtuaron su ternura; esa que impregnaba cada caricia y cada helado que le traía del ultramarinos. En cada surco de su cuarteada piel vio la marca que algún ser querido había dejado. Y en cada cabello cano, un recuerdo oxidado que daba sentido a quien era en ese momento; algunos, de esos que calientan la voluntad, otros, de esos que la resquebrajan. Hacía un esfuerzo por no pensar en...

—¿Hola? ¿Sigues conmigo? —dijo el joven que lo miraba sentado a los pies de la cama.

El anciano volvió en sí y, asintiendo, reanudó su batalla con el nudo de la corbata.

—Oye, ¿y te acuerdas del primer día?

—¿No me voy a acordar? Si a la entrada había más grises que alumnos.

—¡Ya te digo! —afirmó el joven con una risa estertórea— ¿Te acuerdas de aquel chaval que repartía folletos en los lavabos?

—Recuerdo sobre todo el día que se lo llevaron en *mitá* de clase.

—Ya... Pobre... Pero él sabía que se la estaba jugando.

—Sí, bueno. Nosotros también nos la jugábamos...

Ambos se dirigieron tímidas miradas de complicidad. El anciano respiró hondo y volvió a concentrarse en su tarea.

—Menos mal que ya no opero —dijo al fin tras un eterno silencio—, porque con este pulso...

—¿Y qué tal te ha ido en tu profesión? —se apresuró a preguntar el joven.

—Bueno... No me puedo quejar. Ya sabes. Nunca tuve muy clara la vocación.

—No me extraña. Después de aquella vez que tuve que ayudarte a salir de la clase cuando casi te desmayas al ver un ternero abierto...

—Calla, no me lo recuerdes —dice el anciano avergonzado—. Aunque no sé si fue por la impresión de ver aquello o por la peste a estiércol que venía de la parte *d'atrás*. ¡Qué cosa!

—¡Ya te digo! Las únicas veces que vi a mi padre subir las ventanillas del coche, ¡en verano!, ¡en Córdoba!, fueron cuando pasábamos por allí.

Entonces, el anciano empezó a reír como hacía mucho que no reía. Una de esas risas en las que cada carcajada anima a la siguiente hasta que, como la vida misma, se va apagando hermosa y lentamente como un brasero.

—Me rindo, ¡no *pueo* con esta cosa! —se resignó finalmente el anciano, exasperado, agitando la corbata como si fuera un látigo.

—A ver, déjame, abuelete... —dijo el joven levantándose rápidamente.

Se acercó y comenzó a anudarle la corbata moviendo los dedos de forma fluida, como si toda su vida hubiese entrenado para ese momento, pero despacio, tomándose su tiempo, dedicando fugaces miradas al anciano, como si quisiera memorizar cada segundo, cada contacto. Y una vez terminado, mantuvo sus manos acariciando la seda de la corbata con los dedos, mientras con el reverso rozaba la camisa.

En todo ese tiempo el anciano no pestañeó una sola vez. Recorría con ojos vidriosos cada milímetro del rostro del joven, hasta que, pasados unos minutos, sus miradas coincidieron.

—Te he *echao* de menos —dijo el anciano con voz ahogada.

El joven apretó los labios, esbozó una amplia sonrisa y asintió.

Toc-toc.

—Papá, ¿estás listo? Vamos a llegar tarde —anunció una mujer de mediana edad abriendo la puerta—. ¿Con quién hablabas?

El anciano levantó la vista, aún húmeda, hacia su hija.

—Con nadie, cariño —respondió con una sonrisa forzada—. Ya nadie —añadió para sí.

Cuando bajó a la calle, su hija y su yerno lo esperaban en el coche. Le ayudaron a montarse en el asiento trasero y, en cuanto se cerraron las puertas, el motor arrancó.

Las calles, los comercios, los peatones, los otros coches pasaban de largo por la ventanilla mientras el anciano los miraba sin ver nada. Para él eran meras figuras borrosas; llenas de color, pero vacías de significado. ¿Cómo el mundo real podía serlo menos que lo que acababa de experimentar? ¿Cómo aquellos ojos, aquella boca podían presentarse más vívidamente que el paisaje al otro lado del cristal?

Pero, sobre todo, no dejaba de resultarle curioso que, tras tantos años sin pensar en él, hubiera escogido justo aquel día para aparecer.

Minutos después, el coche se detuvo y, de forma instantánea, el anciano revivió aquel primer día de hacía cincuenta años. La antigua Facultad de Veterinaria se erguía ante él, como un portal a un pasado que amaba y odiaba por igual. Sus jardines, sus arcos de herradura, su fachada de ladrillo, aquel califal frontispicio que rezaba el que sería su destino durante los años posteriores. Sin saber por qué, se sorprendió a sí mismo pensando cuán importante había sido aquel lugar para su vida y, sin embargo, cuán insignificante había debido de ser él para el edificio, cuyo corazón habría de albergar miles de historias diferentes en las décadas siguientes.

Entró acompañado de su familia por la puerta principal y, sin necesidad de pedir indicaciones, se dirigió directamente al salón de actos.

Cómo llegó a su asiento en el escenario, no lo recordaba. Solo recordaba avanzar a trompicones entre saludos entusiastas de desconocidos. Desde su posición, observó a

las personas que había sentadas. La mayoría eran más jóvenes que él, incluso había algunos niños. Entre el gentío vislumbró pocas caras conocidas: antiguos compañeros, familiares, algún nieto que se preguntaba, al igual que él, qué diantres hacía allí. Finalmente, detuvo su mirada en una butaca vacía del fondo y su mente volvió a aquel muchacho que, de no ser por el infortunio, podría haber estado ocupando ese hueco. Su sonrisa, sus amistosas provocaciones, sus bromas desenfadadas. Sus ojos azabaches que, sin decir nada, tentaban cada una de sus fibras y le empujaban a ser él mismo.

De repente, una voz que hasta entonces solo había sido un murmullo lejano, interrumpió su fantasía:

—... Dígame, ¿qué le parece? —preguntó la presentadora del evento.

—Perdón —se disculpó avergonzado—, me ha *pillao distraío*.

—Le he pillado en el limbo, ¿no? —añadió la presentadora con una risa.

—Más bien en el cielo —corrigió en voz baja—. Disculpe. ¿Qué decía?

—Les decía a nuestros invitados que, como parte de este evento, estaría bien recordar un poco aquel año 72, cuando se inauguró esta alma máter... —recondujo la presentadora—. ¿Recuerdas cómo era entonces?

El anciano apretó los labios, esbozó una amplia sonrisa y asintió.